

Joseph Conrad

# Bajo la mirada de Occidente



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Under Western Eyes*  
Traducción de Javier Alfaya y Barbara McShane

Primera edición: 1984  
Tercera edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Javier Alfaya  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-796-4  
Depósito legal: M. 12.635-2017  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Nota del autor
	Primera parte
23	Capítulo 1
44	Capítulo 2
94	Capítulo 3
	Segunda parte
135	Capítulo 1
157	Capítulo 2
172	Capítulo 3
183	Capítulo 4
230	Capítulo 5
	Tercera parte
251	Capítulo 1
271	Capítulo 2
297	Capítulo 3
327	Capítulo 4
	Cuarta parte
361	Capítulo 1
388	Capítulo 2
410	Capítulo 3
434	Capítulo 4
451	Capítulo 5



## Nota del autor

Hay que reconocer que por la simple fuerza de las circunstancias *Bajo la mirada de Occidente* se ha convertido ya en una especie de novela histórica que trata del pasado.

Esta reflexión depende enteramente de los episodios del relato; pero siendo como es un intento de describir no tanto la situación política como la psicología de Rusia, me atrevo a esperar que no haya perdido todo interés. Me afirma en tan halagadora creencia el hecho de que en muchos artículos sobre los actuales acontecimientos rusos se hagan referencias a ciertos comentarios y opiniones expresados en las páginas que siguen, demostrando en cierto modo la claridad de mi visión y lo adecuado de mi juicio. No es preciso decir que al escribir esta novela mi único objetivo era expresar imaginativamente la verdad general que subyace en la acción, junto con mis honradas convicciones con respecto al carácter moral de ciertos hechos más o menos conocidos por todo el mundo.

En cuanto a la creación propiamente dicha, he de señalar que al comenzar a escribir sólo tenía una concepción clara de la primera parte, con las tres figuras de Haldin, Razumov y el Consejero Mikulin exactamente definidas en mi mente. Sólo cuando terminé de escribir la primera parte, la historia completa se me apareció con todo su trágico carácter y el progresar de sus incidentes algo tan inevitable y suficientemente amplio en sus contornos como para permitir el libre juego de mi instinto creativo y de las posibilidades dramáticas del tema.

No es necesario explicar el desarrollo de la acción. Vino a mi mente más como materia de sentimiento que como materia de pensamiento. No es el resultado de una experiencia especial sino de un conocimiento general, fortalecido con una profunda meditación. Mi mayor preocupación fue la de conseguir y mantener el tono de escrupulosa imparcialidad. La obligación de una absoluta equidad me vino impuesta, histórica y hereditariamente, por una peculiar experiencia de raza y de familia, a lo que debo añadir mi fundamental convicción de que la verdad es la única justificación de cualquier ficción que intente acceder a la categoría de arte o que espere ocupar un lugar en la cultura de los hombres y las mujeres de su tiempo. Nunca he realizado un mayor esfuerzo de imparcialidad: imparcialidad frente a todas las pasiones, prejuicios e incluso recuerdos personales. Al aparecer en Inglaterra *Bajo la mirada de Occidente* fue un fracaso de público, quizá debido a esa misma imparcialidad. Seis años después llegó mi recompensa cuando supe que mi libro había conseguido un reconocimiento universal en Rusia y que había sido objeto de numerosas reediciones.

Las diversas figuras que desarrollan sus papeles en este relato deben su existencia, no a una experiencia especial, sino a un conocimiento general de las condiciones de Rusia y de las reacciones morales y emocionales del temperamento ruso bajo la presión del titánico desorden que, en términos humanos, puede reducirse a la fórmula de una desesperación sin sentido provocada por una tiranía sin sentido. Lo que más me preocupaba era el aspecto, el carácter y el destino de los individuos tal como aparecen bajo la mirada occidental del viejo profesor de idiomas. Éste tiene mucho de criticable; pero no voy ahora a argüir para justificar su existencia. Me fue útil y además pienso que debe ser útil al lector tanto por sus comentarios como por el papel que desempeña en la evolución del relato. Mi deseo de producir un efecto de realidad precisaba de un testigo ocular de las transacciones de Ginebra. También necesitaba un amigo comprensivo para la señorita Haldin que si no habría resultado demasiado solitaria y sin apoyos como para ser creíble. No habría tenido a nadie que siquiera vislumbrara su fe idealista, su gran corazón y sus sencillas emociones.

Razumov es tratado con comprensión. ¿Y por qué no? Es un joven normal, con una saludable capacidad de trabajo y con sanas ambiciones. Su grado de conciencia es el corriente. Si hay algo ligeramente anormal en él es su hipersensibilidad en cuanto a su condición. Siendo como es un hijo de nadie, siente con mayor agudeza que es ruso o no es nada. Tiene perfecto derecho a considerar que toda Rusia es su herencia. La sanguinaria futilidad de los crímenes y los sacrificios que bullen en aquella masa amorfa lo cercan y lo aplastan. No creo que en su

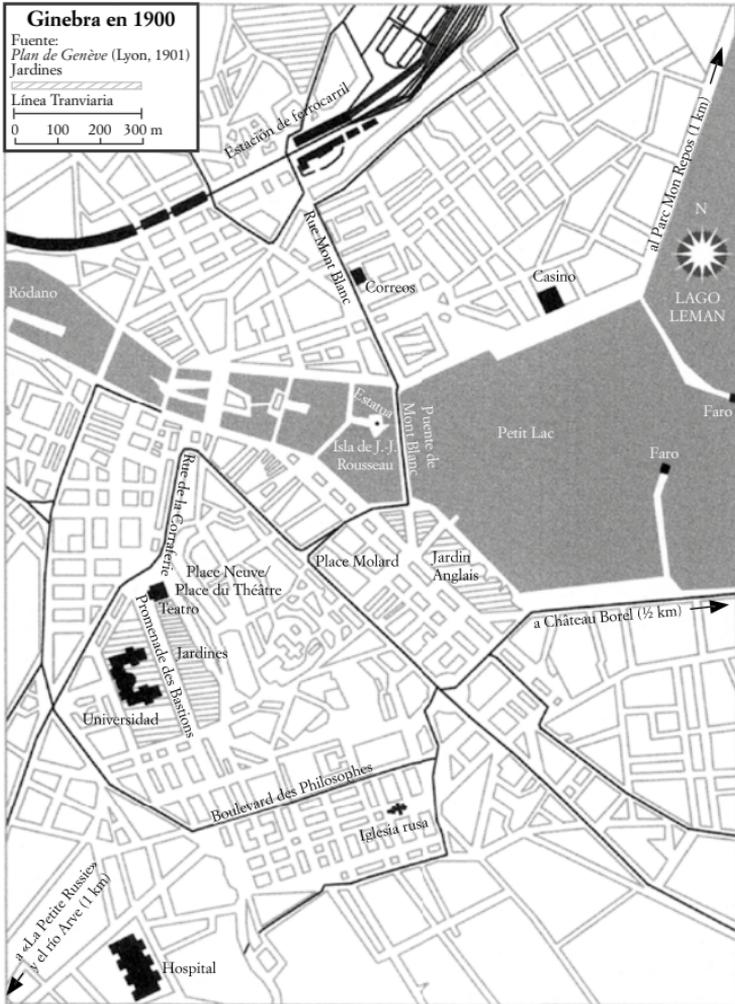
aturdimiento sea nunca monstruoso. Nadie aparece aquí como un monstruo: ni la ingenua Tekla ni la obstinada Sofia Antonovna. Peter Ivanovich y Madame de S. son otra cosa. Son los monos de una selva siniestra y son tratados como sus muecas merecen. En cuanto a Nikita –de sobrenombre Necator–, es la flor perfecta de la jungla terrorista. Lo que me inquietaba más al escribir sobre él no era tanto su monstruosidad como su banalidad. Durante años ha aparecido ante los ojos del público en las llamadas «revelaciones» de los artículos de periódico, historias secretas, novelas sensacionalistas.

La reflexión más terrible (hablo ahora por mí mismo) es que todas estas gentes no son producto de lo excepcional sino de lo general: de la normalidad de su país, de su tiempo y de su raza. La ferocidad e imbecilidad de un poder autocrático que rechaza cualquier legalidad y que al sostenerse sobre el completo anarquismo moral provoca la no menos imbécil y atroz respuesta de un revolucionarismo puramente utópico que lleva a cabo la destrucción con los primeros medios que encuentra a mano, con la convicción de que la ruina de las instituciones humanas traerá un cambio fundamental de los corazones. Esa gente es incapaz de darse cuenta de que lo más que puede conseguir es un cambio de nombres. Oprimidos y opresores son todos rusos; y el mundo se enfrenta una vez más con la verdad del dicho que sostiene que el tigre no puede cambiar sus rayas ni el leopardo sus manchas.

J. C.

1920

*Para Agnes Tobin que  
trajo hasta nuestra puerta  
su genio para la amistad desde  
la más lejana orilla occidental*



# Primera parte



Para empezar he de decir que no dispongo de esos elevados dones de imaginación y expresión que habrían permitido a mi pluma recrear para el lector la personalidad del hombre que se llamaba, siguiendo la costumbre rusa, Cirilo hijo de Isidoro: Kirylo Sidorovich Razumov.

Si alguna vez dispuse de esos dones, quedaron sofocados hasta su extinción hace ya mucho tiempo bajo una maraña de palabras. Como muy bien sabemos, las palabras son las grandes enemigas de la realidad. Durante muchos años he sido profesor de idiomas. Con el tiempo es una ocupación que termina resultando fatal para una persona normal que ha heredado su parte correspondiente de imaginación, sentido de la observación y penetración. Para el profesor de idiomas llega un momento en que el mundo no es más que un lugar donde hay muchas palabras, y el hombre le parece un simple animal parlante, no mucho más admirable que el loro.

Por este motivo estaba incapacitado para observar al señor Razumov o adivinar su realidad a fuerza de perspicacia, y mucho menos para imaginármelo tal como era. Hasta inventar los desnudos hechos de su vida habría estado totalmente fuera de mis posibilidades. Pero incluso prescindiendo de estas afirmaciones mías, creo que los lectores de esta historia podrán advertir en el relato la huella de pruebas documentales. Y tendrán toda la razón. Efectivamente está basada en un documento; todo lo que he puesto de mi parte es mi conocimiento de la lengua rusa, suficiente para lo que se pretende aquí. El documento, por supuesto, es una especie de diario, aunque no tenga exactamente la forma de tal. Por ejemplo, en su mayor parte no fue escrito día a día, aunque todas las entradas tienen fecha. Las hay que abarcan varios meses y se extienden a lo largo de docenas de páginas. Toda la primera parte es un memorial, en forma narrativa, relacionado con un acontecimiento que se produjo alrededor de un año antes.

Debo mencionar que llevo mucho tiempo viviendo en Ginebra. A todo un barrio de esta ciudad, por la cantidad de rusos que en él residen, lo llaman *La Petite Russie*: la Pequeña Rusia. Por entonces yo tenía mucha relación con la Pequeña Rusia. Pero confieso que no comprendo el carácter ruso. Lo ilógico de sus actitudes, lo arbitrario de sus conclusiones, su propensión a lo excepcional, no debieran resultar difíciles para quien ha estudiado muchas gramáticas; pero debe haber algún obstáculo más, un rasgo humano especial de su carácter, una de esas sutiles diferencias que están más allá de los alcances de un simple profesor. Lo que llama la

atención a un profesor de idiomas es el extraordinario amor que tienen los rusos a las palabras. Las reúnen, las veneran, pero no las mantienen encerradas en sus pechos; por el contrario, están siempre dispuestos a darles suelta durante horas y horas o a lo largo de una noche entera con tal entusiasmo, con una abundancia tal, y a veces empleándolas con tanta dedicación, que, como si se tratara de unos consumados loros, uno no puede evitar preguntarse si realmente entienden lo que dicen. En el ardor de su discurso hay una generosidad que lo diferencia netamente de la vulgar locuacidad; y es siempre tan inconexo que no puede calificarse de elocuente... Pero he de disculparme por semejante digresión...

Sería vana tarea inquirir por qué el señor Razumov dejó tras de sí esta crónica. No es concebible que deseara que la leyera ningún ser humano. Lo que en este caso entra en juego es un misterioso impulso de la naturaleza humana. Dejando a un lado a Samuel Pepys, que forzó así la puerta de la inmortalidad, innumerables personas, criminales, santos, filósofos, muchachas, estadistas y simples imbéciles han escrito crónicas que permiten adivinar su intimidad, sin duda por presunción, pero también por motivos más inescrutables. Debe existir un maravilloso poder apaciguador en las palabras para que tantos hombres las utilicen para lograr una avenencia consigo mismos. Por ser un individuo dado al sosiego me parece que lo que realmente persiguen todos los hombres es alguna forma, o quizá alguna fórmula, de paz. Ciertamente se habla mucho hoy, y en voz alta, sobre ella. Qué clase de paz esperaba encontrar Kirylo Si-

dorovich Razumov al escribir sus recuerdos es algo que rebasa mis posibilidades adivinatorias.

Lo que es un hecho es que los escribí.

El señor Razumov era un joven alto, bien proporcionado, mucho más moreno de lo habitual en un ruso procedente de las Provincias Centrales. Su apostura habría sido indudable de no ser por una peculiar carencia de finura en sus rasgos. Era como si un rostro vigorosamente modelado en cera (con una corrección casi clásica) hubiera sido puesto cerca del fuego hasta que la nitidez de la línea se hubiera perdido al reblandecerse el material. Pero aun así era bastante agraciado. También su porte era bueno. En las discusiones se dejaba influir con facilidad por los razonamientos y la autoridad. Con sus compatriotas más jóvenes adoptaba la actitud de un oyente inescrutable, de los que le escuchan a uno inteligentemente hasta que termina y luego cambia de tema.

Esta costumbre, que podía ser producto o de una insuficiencia intelectual o de una imperfecta confianza en sus propias convicciones, le procuró al señor Razumov reputación de penetrante. Entre un montón de charlatanes exuberantes, acostumbrados a agotarse a diario en ardientes discusiones, la persona comparativamente taciturna adquiere fama, naturalmente, de discreta. Sus camaradas de la Universidad de San Petersburgo consideraban a Kirylo Sidorovich Razumov, estudiante de tercer año de filosofía, una naturaleza fuerte, un hombre totalmente digno de confianza. Esto, en un país en donde una opinión podía llegar a ser un crimen castigado con la muerte o, a veces, con un destino todavía peor, significaba que era digno de que se le confiaran opiniones prohibidas.

Era apreciado también por su amabilidad y por su tranquila disposición a hacer favores a sus camaradas aunque representasen una molestia.

Se suponía que el señor Razumov era hijo de un arcipreste y que le protegía un distinguido noble, tal vez de su lejana provincia. Pero su aspecto exterior casaba mal con tan humildes orígenes. No era creíble semejante ascendencia. Se insinuaba que la madre del señor Razumov era la hermosa hija de un arcipreste, lo cual, por supuesto, daba otro cariz al asunto. Esta teoría también hacía más comprensible la protección de un distinguido noble. Sin embargo, nadie se había dedicado a investigar este punto con malicia ni de ninguna otra forma. Nadie sabía, ni a nadie le importaba, quién era el noble en cuestión. Razumov recibía una asignación, modesta pero muy suficiente, de manos de un oscuro abogado, el cual, hasta cierto punto, parecía hacer las veces de tutor. De vez en cuando se le veía en alguna pequeña fiesta de un profesor. Aparte de eso, a Razumov no se le conocían otras relaciones sociales en la ciudad. Asistía con regularidad a las clases obligatorias y sus maestros le consideraban un estudiante muy prometedor. Trabajaba en casa como hacen los hombres que quieren progresar, pero no por ello se encerraba rigurosamente. Siempre era accesible y nada había de secreto ni de reservado en su vida.



# Capítulo 1

El origen de la crónica de Razumov se relaciona con un acontecimiento de hecho característico de la moderna Rusia: el asesinato de un prominente estadista, acontecimiento aún más característico de la corrupción moral de una sociedad oprimida en que las más nobles aspiraciones de humanidad, el anhelo de libertad, el ardiente patriotismo, el amor a la justicia, el sentimiento de piedad, e incluso la fidelidad de las mentes sencillas, son prostituidos por la inclinación hacia el odio y el temor, inseparables compañeros de todo perturbador despotismo.

El hecho al que he aludido más arriba es el atentado que costó la vida al señor de P., Presidente de la notoria Comisión Represiva de hace algunos años, el ministro de Estado investido de poderes extraordinarios. Los periódicos hablaron mucho de aquel fanático, estrecho de pecho y embutido en un uniforme de doradas charreteras, de rostro de pergamino arrugado, insípidos ojos cubier-

tos por lentes y con la cruz de la Orden de San Procopio colgando bajo su magra garganta. Se puede recordar que durante un tiempo no pasaba un mes sin que su rostro apareciera en cualquiera de los periódicos ilustrados de Europa. Servía a la monarquía encarcelando, exiliando o enviando al cadalso a hombres y mujeres, jóvenes y viejos, con equitativa e incansable laboriosidad. Llevado de su mística aceptación del principio de autocracia, estaba empeñado en extirpar del país hasta el último vestigio de todo lo que pudiera parecerse a la libertad en las instituciones públicas; y en su despiadada persecución de la nueva generación parecía tener como propósito la destrucción de la mismísima esperanza de libertad.

Decíase que aquella execrable personalidad no tenía imaginación suficiente como para ser consciente del odio que inspiraba. Es muy difícil de creer; pero es cierto que tomaba muy pocas precauciones con respecto a su seguridad. En el preámbulo de determinado y famoso documento de Estado manifestó que «la idea de libertad no existió nunca en el Acto del Creador. De la diversidad de opiniones no pueden surgir sino la rebelión y el desorden; y la rebelión y el desorden en un mundo creado para la obediencia y la estabilidad son pecado. No fue la Razón sino la Autoridad lo que expresó la Divina Intención. Dios fue el autócrata del Universo...». Tal vez el hombre que escribió estas palabras creyera que el cielo mismo estaba obligado a protegerle en su despiadada defensa de la autocracia sobre la Tierra.

Sin duda la vigilancia policíaca le salvó muchas veces; pero la verdad es que, cuando le llegó su hora, las autoridades competentes no pudieron hacerle ninguna ad-

vertencia. Nada sabían de que hubiera una conspiración contra la vida del ministro, ni les había llegado a través de sus habituales canales de información indicio alguno del complot, ni habían visto señal alguna de él, ni habían tenido noticia de movimientos sospechosos o de personas peligrosas.

El señor de P. iba hacia la estación del ferrocarril en un trineo descubierto tirado por dos caballos, con un lacayo y un cochero en el pescante. Había nevado durante toda la noche, por lo que el camino, que aún no habían limpiado por lo temprano de la hora, resultaba muy dificultoso para los caballos. La nieve seguía cayendo copiosamente. Pero el trineo debió de ser observado e identificado. Al ir hacia la izquierda para tomar una curva, el lacayo vio a un campesino que caminaba lentamente por el bordillo del pavimento con las manos en los bolsillos de su abrigo de piel de oveja y la cabeza hundida entre los hombros hasta las orejas bajo los copos de nieve. Al adelantarle el trineo, el campesino se dio la vuelta repentinamente y movió un brazo. En un instante hubo una conmoción terrible, una detonación amortiguada por la cantidad de copos de nieve que caían; los dos caballos quedaron muertos y despedazados en el suelo y el cochero, dando un agudo grito, cayó del pescante mortalmente herido. El lacayo (que sobrevivió) no tuvo tiempo de ver el rostro del hombre con abrigo de piel de oveja. Éste escapó tras arrojar la bomba, pero se supone que al ver aparecer a tantas personas por todos los lados entre la nieve, corriendo hacia el escenario de la explosión, pensó que era más seguro confundirse con ellas.